

PATRIA

(En la velada lírico-literaria celebrada el 20 de julio pasado para festejar la fecha clásica de Colombia, la Junta organizadora confió el discurso de regla a nuestro amigo y discípulo doctor Eduardo Zuleta Angel, quien ya ha rendido sazonadas primicias en su carrera de jurisconsulto y se anuncia elocuente orador político y forense. Aplaudimos las frases que el doctor Zuleta consagra al Colegio del Rosario. La primera condición de un hombre público es ser caballero; y atributo distintivo del caballero es la fidelidad a su raza y al hogar en que se meció su cuna).

Señoras y señores:

En Colombia antes que en ninguna otra República hispano-parlante se hizo con admirable criterio histórico la revaluación fundamental del concepto de Independencia. Desde el último tercio de la pasada centuria graves ingenios colombianos que habían nutrido su espíritu en las fuentes vivas de la cultura latina, rompieron los mal fundados prejuicios de malquerencia a la nación española y comenzaron a sembrar la simiente de fraternidad hispanoamericana, explicando cómo no podían considerarse la conquista y la independencia como dos movimientos antagónicos sino complementarios. Y cuando en otras repúblicas de origen ibero, con obras como *El carácter de la revolución americana*, del argentino Suárez, se proclamó la necesidad de esa feliz orientación espiritual, ya en Colombia un pensador ilustre había dicho que «si durante la magna guerra y en muchos de los años que la siguieron la independencia entrañaba la idea de enemistad perdurable hacia España, si entonces el concepto de los vínculos naturales se ofuscó y fue reemplazado por el de la aversión y el odio, ya hoy es otra cosa.» Y otro literato, insigne por la gallardía de su estilo y el vuelo majestuoso de su pensamiento nos

había explicado cómo era la independencia ante todo el fruto necesario de la educación que nuestros próceres habían recibido en los colegios españoles, en donde leyeron a san Pablo que dice que los cristianos no hemos recibido espíritu de servidumbre para obrar únicamente por temor, y estudiaron a Santo Tomás, según el cual la ley es ordenación de la razón, no de la fuerza ni del capricho, ni del interés ni del número, y que los gobernantes son los que cuidan de la comunidad, no los que la dominan y avasallan. Posteriormente otro príncipe de las letras colombianas, dijo para deslindar la responsabilidad de la nación española en la obra aterradoradora de los pacificadores que debíamos recordar a España para maldecir de consuno con ella el destino aciago que le dio como corona de su heroica resistencia contra Napoleón, el largo reinado del hipócrita y cruel Fernando VII, uno de los más odiosos tiranuelos de la historia. «Recordemos, agrega el mismo autor, para aplacar un tanto las indignadas sombras de nuestros mártires, que la sangre más ilustre, después de correr por América, se derramó también en España; y que si Camilo Torres fue fusilado por la espalda, Riego fue arrastrado en un serón por las calles y llevado a innoble suplicio; y que si Nariño gimió en las cárceles de Cádiz, Martínez de la Rosa estuvo recluso en el peñón de la Gomera.»

Y en efecto, señores, ¿no fue acaso el claro sentido del derecho y de la libertad lo que hizo germinar en el cerebro de nuestros próceres la idea emancipadora? Y de quién lo habían adquirido sino del pueblo heroico en cuya historia se ilustraron, pueblo magnífico en donde desde los tiempos del Fuero Juzgo «late en la conciencia nacional la pura y hermosa doctrina democrática, el profundo amor a la justicia, el noble sentimiento de la li-

bertad individual en que se fundan todos los derechos naturales, civiles y políticos.»

¿Dónde templaron nuestros héroes su corazón para la ardua lucha de la emancipación sino en el fuego vivísimo de las tradiciones gloriosas de la Madre Patria? ¿De dónde la entereza indómita con que lucharon por la libertad sino de la sangre española que en sus venas llevaban como descendientes de los que dijeron «que es una cosa ser rey y otra cosa es merecerlo.»

Y el mismo arraigado sentimiento del respeto a la ley con el cual se caracterizó desde sus comienzos nuestra nacionalidad ¿no es acaso una derivación clarísima del que inspiró la altivez con que los españoles la hicieron siempre respetar, llegando los encargados de administrarla hasta aquellas admirables insolencias con las cuales se enfrentaban a los soberanos diciéndoles: «como a vasallos nos mandas—mas como alcaldes mayores—no pidas injustas causas—que aquello es estar sin ellas—y aquesto es estar con varas—y el cabildo de Sevilla es quien es.» Decidme si el ímpetu denodado de Bolívar no es de la misma estirpe del que hizo famoso al héroe de Covadonga en la magna empresa de la restauración española y si la austeridad con que Santander ejerció la primera Magistratura no es la misma con la cual ejercieron sus funciones aquellos magníficos alcaldes castellanos que quisieron antes quebrar la vara que torcerla.

Y qué pudo inspirarle a Ricaurte el sacrificio supremo sino la fuerte tradición del honor arraigada en el pueblo español hasta las más sublimes alturas, hasta decir como el caballero de Tarifa, ante la insinuación perversa del traidor: «Antes querré que me matéis este hijo y otros veinte si los tuviera que daros una villa puesta bajo mi honor de soldado y caballero.»

«Tan españoles somos como los descendientes de don Pelayo,» dijo en su famoso memorial de agravios el gran Camilo Torres «el que supo presentir en el vencido caraqueño al genio de la libertad.»

Cuando el maestro Gómez Restrepo, honra y prez de las letras castellanas, espíritu de fascetación adamantina y de reconocida benevolencia para los que hemos sido sus discípulos, me confirió en nombre de la Junta de Festejos el alto honor de llevar la palabra en esta solemnidad, por natural asociación de ideas volví los ojos en demanda de inspiración a ese «almácigo de héroes y de sabios» en donde se formó mi espíritu al calor de las más puras tradiciones patrióticas, y porque en él aprendí a amar a España y a amar a nuestros héroes, sin despojarlos, como lo pretende Taine, de «las fórmulas que los consagran y la pompa que los rodea» y antes bien considerándolos como cosa tan digna de reverencia que la gratitud hacia la obra de ellos, tomada en su luminoso conjunto, ha de excluir el análisis brutal y despiadado de sus defectos, para que subsista sola y pura la impresión de sus virtudes y proezas, en cuyo recuerdo han de elevarse nuestros corazones y acendrarse nuestro patriotismo.

Allá en ese claustro venerable que ha sabido recoger en su seno las pulsaciones de la vida de Colombia, aprendí a evocar con intensidad el recuerdo de las glorias patrias, a inflamarme en ellas, a encontrar alientos y fuerza en la historia de los héroes y en la veneración de sus reliquias, a solazarme levantándome en alas de la fantasía, para oír los acentos graves y majestuosos de Camilo Torres, las fervientes oraciones de Acevedo; ver a Caldas en el momento supremo de la creación científica, acompañar a Nariño en su cautiverio; cumplir, entre los retemblores y estampidos de la pólvora, la

voz desconocida de mando con que el soldado antioqueño colaboró en la victoria; y teñir de púrpura las manos en la sangre de Girardot, recogiendo el cadáver del héroe, y asistir en Pativilca al momento solemne de la intuición genial, y trasmontar con las huestes patriotas la cordillera por los fríos páramos de Pisba, oyendo, entre el desconcierto de la desnudez y del hambre, la palabra alentadora y profética de Bolívar, y oír el cañón de Boyacá y ver cómo se cruzan allí los fuegos y cómo destilan sangre las bayonetas y las lanzas, después «del espantoso choque de la carne y el hierro» y palpar los claros que abre la metralla en las filas patriotas y sentir la reacción, desconcertante, impetuosa, que dará la victoria. Y sobre ese cuadro épico ver al hombre que lo domina todo, que subyuga multitudes e improvisa ejércitos y oficiales, que seguirá recorriendo la América de triunfo en triunfo, iluminándola con los reflejos de su espada y con los destellos de su genio, a Bolívar «grande en el pensamiento, según frase de Rodó, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrelevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza.»

Y con esos recuerdos y al conjuro de esas evocaciones, cómo no han de latir fuertemente por ti, ¡oh Patria! nuestros corazones y elevarse a las serenas alturas donde no lleguen los odios de hermanos, para reverenciarte y servirte, para ofrendarte nuestros trabajos y desvelos, para amarte y engrandecerte!

Viva, ¡oh Patria! perennemente en nosotros el recuerdo de tus glorias, fortalézcanse nuestras voluntades con el conocimiento de tus claras tradiciones y nútranse nuestros espíritus en las fuentes vivas de la historia de tus héroes, pero que no se nos olvide, porque seríamos.

descastados y torpes, que tú, ¡oh España! nos diste la religión que profesamos, que de tus héroes heredaron los nuestros el valor y la hidalguía y que tuyo es el idioma que hablamos, ese dulce idioma castellano «que igual supo caminar por la tierra entre pícaros y galeotes, cuadrilleros y rufianes, durmiendo en cárceles y mesones, como subir a los palacios y a los púlpitos y escalar el cielo con manso vuelo de paloma.»

A ti también aprendí a reverenciarte, oh España, en aquel instituto secular. Confesor de una reina tuya fue el maestro Cristóbal de Torres que «supo realizar en su Colegio el ideal de una perfecta república cristiana»; españoles fueron Miguel Masústegui, el magnánimo; Celestino Mutis, el profundo, y españolas fueron las manos que bordaron de pedrería preciosa, sobre brocado de oro la imagen bajo cuyo amparo viví un lustro y a cuya protección benéfica acudí no en vano muchas veces.

Y ya que el Colegio del Rosario, no por propósito mío deliberado, sino por irresistible impulso del corazón, ha venido a ser el centro de estas divagaciones, acompañadme a entrar en él. Ved el amplio claustro de majestuosa arquería colonial y de grave y admirable fisonomía castellana. Rasga la luna las sombras de la noche y proyecta sobre el patio el armonioso conjunto de la fábrica. Qué solemne apacibilidad... No sentís un vago rumor de pasos? Volved los ojos. Parecen animarse aquellas sombras. Acerquémonos con respeto. ¿Los veis? ¿Quién es aquel de aspecto taciturno en cuya frente se adivina el esfuerzo del pensamiento? Es Caldas. Inclinémosnos ante él. Un anciano venerable pisa los umbrales del Aula Mayor. Es Mutis, el más grande sabio de España en el siglo XVIII. Lo acompañan Valenzuela y Lozano, Gutiérrez y Camacho. Van a entrar a clase de ciencias naturales.

Y aquel de «faz glabra y proconsular» que lleva bajo el brazo unos infolios? Es Camilo Torres. Va a sostener esta noche, a modo de gimnasia intelectual, una tesis filosófica y a confundir con su elocuencia y con su lógica avasalladora a los que se proponen impugnarlo. Ved a Maza y a Deluyart, el héroe de Puerto-cabello. Hacia acá vienen Caycedo y Cabal. Descubrámosnos. Oíd ahora una voz femenina que increpa y amenaza. Dos verdugos sacan a una mujer de la celda en donde acaba de oír leer su sentencia de muerte. Es Policarpa Salabarrieta. Van a fusilarla en la plaza mayor. La han traído aquí, porque el Colegio está convertido en capilla de los mártires.... ¡No sentís ahora ruido de sables sobre los peldaños de la escalera? Vámos allá! ¿Ha sido una alucinación? No. Leed la inscripción de aquella lápida: «Por esta escala Francisco José de Caldas, colegial, catedrático y consiliario de este Colegio Mayor, descendió de la prisión al patíbulo, para ascender a la inmortalidad.»

Dijo León XIII que el patriotismo es un deber imperioso de moral cristiana. Cumplamos con ese deber tomando alientos en estas festividades patrias, invocando las sombras de los próceres, rindiendo culto a su memoria, acercándonos espiritualmente a ellos, reconfortándonos en la tradición gloriosa y respetando los votos que hizo el astro sol de la libertad americana cuando rendía al Creador su alma de gigante, arrullado por el rumor de las olas del Caribe.

Triunfar, dijo Bolívar en arranque de genial optimismo. Triunfar! hemos de repetir ahora nosotros. Triunfar en las empresas de la civilización y del progreso, triunfar contra la codicia de los que pretendan amenguar nuestra soberanía o disputarnos un palmo de nuestro territorio, para que ni «el rastro de una sombra

pasajera» vaya a violar el tricolor purísimo de nuestro pabellón, que debe ondear siempre libre y majestuoso, porque él, según frase del más grande de nuestros poetas, tiene más púrpura y más oro y más cielo que todos los mantos imperiales, que todas las venas ocultas y codiciadas de la tierra y que todos los espacios abiertos.

EDUARDO ZULETA ANGEL

LA LEYENDA DEL MILLON

I

Después de cobrar los treinta duros de su paga, cobzava parte, según el gobierno, de un sueldo de dos mil pesetas anuales, Simeón se encontró gratamente sorprendido cuando escuchó que le decía el habilitado:

—Este año «hay pavo» para algunos, y usted ha sido del número de los agraciados. Tome usted estas cincuenta pesetas y no se lo diga a sus compañeros para no despertar envidias.

El inocente Simeón ignoraba que igual recomendación y en términos análogos se había hecho a todos los demás empleados de su oficina, y guardándose el billete de cincuenta pesetas salió del ministerio ufano y radiante como nunca. El año no podía acabar mejor para él: cobraba su paga con doce días de anticipación y con un aumento considerable, del cual no debía dar conocimiento a nadie, ni aun a su esposa Rita ni aun a su hija María de la O, únicas personas que le acompañaban en las privaciones de su modestísimo hogar, ya que no en las alegrías, desconocidas para él.

Pero Simeón era honrado, y viéndose poseedor de aquella suma inesperada, acudió a su memoria, y ésta le recordó algunos sucesos relacionados con su eterna